

El último examen

ÁNGELA SÁNCHEZ RODRÍGUEZ

Delicadamente, hacía rodar el bolígrafo azul sobre la mesa, deslizando sus dedos sobre el cristal. Producía un ruido molesto para sus compañeros, pero ella apenas lo oía. La imagen del bolígrafo aplastando una y otra vez la hoja de su examen en blanco la mantenía absorta. No se atrevía a sujetarlo y comenzar el examen, no porque desconociera las respuestas, ya que llevaba tiempo preparándolo, sino porque no quería entregarlo. Este sería su último examen. Después, libertad. ¿Libertad para qué? No lo sabía, pero era lo que todos repetían. Dos años atrás, ella también pronunció esas mismas palabras, y sin embargo ahora no podía contestar a la primera pregunta. Nada más escribir su nombre, se dio cuenta de que lo que deseaba era tan solo hacer rodar el bolígrafo y dejar el tiempo pasar.

Echó una ojeada a los compañeros de clase que tenía alrededor, quienes la conocían como una persona aplicada. Dio un pequeño bufido al imaginar sus

rostros cuando les dijera que no había hecho el examen, a pesar de que la tarde anterior habían estado estudiando juntos. Sin duda, no la comprenderían. Intentarían convencerla de que se presentara a la convocatoria extraordinaria, de que simplemente había tenido un mal día. Lo mismo diría su profesor, quien además de dirigirle una mirada incrédula, adoptaría un tono decepcionado. Sus padres le dirían que era una idiota y que en algún momento debería dejar de ser una niña, más pronto que tarde.

Cuando inició sus estudios en la universidad, tenía metas, grandes proyectos. Parecía que todo un amplio abanico de posibilidades se abría ante ella. A medida que el curso avanzaba, notaba que había asignaturas que le gustaban y otras que difícilmente podía soportar, en la mayoría de los casos debido al profesor que la impartía. Oyó de boca de alumnos más mayores que el primer año siempre era el peor, que no se preocupara. En efecto, llegó el segundo curso y se sintió de nuevo revitalizada. Día tras día, descubría conocimientos que para ella siempre habían estado ocultos, pues pertenecían a una parte de la realidad que en los institutos no se solía tratar. Cuanto más sabía, más deseaba saber, hasta el punto de no llegar a comprender el hastío de sus compañeros. Ciertamente, había algún que otro día en que prefería quedarse en casa, en lugar de tener que combatir el frío y el cansancio para desplazarse hasta la facultad. Pero permanecer en el calor de su piso, envuelta en una manta frente al radiador, no significaba

dejar de aprender, ya que al mismo tiempo podía dedicarse a leer algún libro o adelantar la lección de aquel día. Esto tan solo lo hizo en dos ocasiones, la mayoría de las veces iba a la facultad a toda costa. Aunque otros faltaran para descansar, ella no lo hacía. Sabía que no era sano, pero en la sociedad actual se premia la productividad, así que no lo hacía. Se conformaba con descansar el domingo, si tenía tiempo suficiente. Vivía con compañeras de piso, quienes elogiaban su actitud y su esfuerzo, argumentando que ellas jamás serían capaces de llevar ese estilo de vida. Lo mismo le decían sus amigos. En esos momentos, Luna esbozaba una sonrisa y se odiaba a sí misma. Llevaba ese estilo de vida porque era lo que siempre había hecho, porque aun estando alejada de sus padres, sentía como si estuvieran vigilándola y tuviera que hacerlo todo de modo que les agradara y les hiciera sentirse satisfechos. Maldita aprobación.

Al tercer año, halló su vocación y una inmensa felicidad la embargó por completo. Pero esto no duró demasiado, pues al poco tiempo se percató de que no podía dedicarse a ello como su único oficio, sino que debería tenerlo como un mero pasatiempo. No estaba pagado y hacía falta dinero para sobrevivir. Por lo tanto, tenía que seguir buscando algo que la hiciera mínimamente feliz y que a la vez pudiera aportarle ingresos. Finalizó el tercer año y no lo encontró. Se resignó a la idea de que tendría que trabajar de cualquier cosa. Cada vez más profesores decían a sus alumnos, sin tapujos,

que realmente esa carrera no estaba bien estructurada y que no tenía salida. Soltaban ese tipo de declaraciones demolidoras con demasiada soltura. La situación resultaba extremadamente incoherente, despiadada y surrealista, y para Luna era como si sus profesores de repente cogieran una botella y poco a poco vertiesen su contenido sobre el suelo, el cual se deslizaba silencioso hasta sus pies y penetraba sus zapatos. Así, con los pies húmedos y la mirada perdida, regresaba a su piso. Parece que ya no es tan importante tener un futuro al que aspirar.

Y así llegó al cuarto año, durante el cual apenas halló motivación. Su estudio se limitaba a memorizar información inconexa que desperdigaba en los exámenes entre palabras rimbombantes y esto, de alguna forma, a los profesores les parecía digno de admiración. Realizó un complicado trabajo de fin de carrera sobre un tema que al principio le resultaba apasionante, pero que más tarde le resultó farragoso e inalcanzable. El problema era, según le decía su tutora, que para poder abarcar correctamente ese tema tendría que escribir una tesis doctoral, algo que sin duda mejoraría sus posibilidades laborales y supondría toda una experiencia vital enriquecedora. Cada vez que hablaba así, Luna asentía, a la par que una risa jocosa resonaba en su interior. Más tarde, reflexionaba sobre ello y llegaba a la conclusión de que, a fin de cuentas, el tema de su trabajo le gustaba, incluso si tenía pegas, pero no sabía cuándo podría dedicarse a él profundamente. Y temía que, cuando

pasados los años encontrara el momento adecuado para ello, y tuviera la estabilidad financiera y mental como para abordar semejante tarea, estuviera atrapada en las garras de un empleo monótono que no pudiera abandonar. Entonces, debería dedicarse a ambas cosas al mismo tiempo, resistiendo el cansancio y la sobrecarga de trabajo que ello supondría.

Ah, resistir, resistir siempre en la batalla, porque eso es lo que hacen los héroes. Porque no podemos ser débiles y dejar que los obstáculos nos superen. Porque hay que seguir siempre adelante, con una sonrisa, con los músculos tensos y el alma sosegada, pues en el fondo sabemos que conseguiremos todo aquello que nos proponamos, ¿no?

Luna suspiró y dejó de jugar con el bolígrafo. Lo guardó en su estuche, recogió sus cosas y entregó el examen en blanco al profesor, que la miró desconcertado. Ella le explicó que había tenido un mal día (y una mala semana, y un mal año...) y que se presentaría a la siguiente convocatoria. Él le dio ánimos.

